

***NEIL
BROADFOOT
CAYENDO
AL VACÍO***

Título original: *Falling Fast*
Editado en Escocia por Saraband

Primera edición: 2017

© Neil Broadfoot, 2014
© traducción: Ester Molina, 2017
© de esta edición: Bóveda, 2017
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-44-9
Depósito legal: SE. 545-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Hace casi veinticinco años, le hice una promesa a una mujer muy especial, así que esta novela está dedicada a mi abuela, Edna Wright, que probablemente habría necesitado un whisky con limonada («Pero uno corto, John») después de leer sobre todos los inútiles sinvergüenzas que he ideado pero que, igualmente, habría estado orgullosa de mí.

POR UN INSTANTE CREYÓ QUE SE HABÍA CONVERTIDO en el ángel que él siempre le había dicho que era. Allí suspendida —el tiempo condensándose a medida que la ciudad se iba desplegando hacia el horizonte, el aire frío secándole los pulmones— se sentía como si pudiera alcanzar el impecable azul del cielo de noviembre y acariciar el mismísimo paraíso.

Allí arriba, lejos de las discusiones, el miedo, el odio..., había encontrado al fin la paz que tanto tiempo atrás la había abandonado. Sonrió al darse cuenta de que había llevado razón todo el tiempo. En aquel momento del pasado le había parecido un ingenuo, pero ahora era consciente de que lo que le decía era cierto; lo único necesario era tener fuerza para creer.

Fe.

Sin embargo, en lugar del paraíso, era el infierno lo que la reclamaba. Se le revolvió el estómago cuando la gravedad tiró de ella bruscamente hacia la tierra y se precipitó

hacia el suelo a toda velocidad. El viento aguerrido le arañó los ojos y la obligó a mantenerlos abiertos mientras aullaba en sus oídos y conseguía eliminar cualquier otro sonido, incluso el de su propio grito ahogado.

* * *

Brian Edwards se adentró en los jardines de Princes Street por la zona este, por la entrada próxima al monumento a Scott, esquivando a las personas sin reparar en ellas mientras buscaba con la mirada algún lugar para sentarse, comerse el almuerzo y admirar las vistas para intentar no pensar en el trabajo, que cada vez odiaba más; la pantalla del ordenador y las llamadas al servicio al cliente que tendría que devolver en tan solo una hora... Había visto a varios trabajadores en traje de camino y todos tenían el mismo aspecto anestesiado que reconocía cada vez que se miraba al espejo en el trabajo. ¿Eso era en lo que se había convertido con veinticuatro años? ¿En un esclavo de su salario más que deambulaba por el sector financiero de Edimburgo, que se aferraba a cualquier empleo de mierda como a los restos del naufragio del Titanic después del impacto con el iceberg de la recesión? ¿En alguien demasiado miedica para salir de aquello, que pasaba los días tecleando números y poniendo su mejor voz de «Estamos para ayudarle» del servicio al cliente mientras rellenaba sus libretas con garabatos de sillas enganchadas a baterías de coches y pantallas de ordenador explotando en una nube de cristal y humo?



Al ver un hueco libre en el césped junto al monumento, Brian fue hacia allí rápidamente. Había dado apenas dos pasos cuando estalló el grito y se quedó petrificado. Miró a todos lados con el corazón a mil por hora por el sobresalto mientras intentaba vislumbrar quién había gritado y por...

Oyó un impacto a su izquierda, como si Dios le hubiera dado una palmada en el oído, cuando aún no había dejado de temblar, y algo cálido le salpicó el costado izquierdo y la mejilla. Brian se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó de golpe al suelo. Se oyeron más gritos, que ahogaron el bullicio del transporte público y los coches que recorrían Princes Street. Gritos de miedo y pánico, ahogados, enmudecidos por algo espeso que se concentraba en las gargantas de quienes habían recibido la peor parte. Llantos de histeria... Todo ello acumulándose en torno a los sentidos adormecidos de Brian.

«No, Dios, no, no».

Un bebé comenzó a lloriquear hasta tornar su llanto en un grito agudo, como el de la fresa de un dentista.

—... llamen a una ambulancia...

—... no se puede hacer nada...

—... a vomitar...

Levantó la mano para intentar limpiarse lo que fuera que le había salpicado la cara y comprobó que la tenía manchada de sangre. En ese momento, Brian sintió cómo todo el calor abandonaba su cuerpo.

«¡Un disparo!», le gritó su mente.

Varios días antes había leído en el *Capital Tribune* que algunos grupos de gamberros se dedicaban a ir por la

ciudad disparando a diestro y siniestro con pistolas de aire comprimido. Desde entonces, salía con miedo a la calle.

«Te han disparado. Algún imbécil de mierda con una pistola de aire comprimido te ha alcanzado y...».

—¡Ayuda! —gritó Brian con la voz aguda y temblorosa—. Ayúdenme, por favor, alguien...

Enmudeció cuando miró hacia el lugar de donde había venido el estruendo. A su izquierda...

«Oh, Dios, Dios, no, por favor. *Nomiresnomires...*».

Pero tenía que mirar, y cuando lo hizo contempló la escena con una claridad tan aterradora que creyó que lo volvería loco.

Había un cuerpo en el suelo, a unos centímetros de él, contorsionado y destrozado. Los huesos salían de varias partes del mismo como si fueran las púas de un puercoespín, y atravesaban la carne y la ropa mostrando un tono blanquecino fantasmagórico y brillante al débil calor del sol de mediodía. Envuelto en el terror y la adrenalina del momento, fue como ver la escena a través de un microscopio. Distinguió, entre los diminutos hilos de tela, la sangre y la piel desgarrada, todo ello colgando de algunos huesos como si fueran pequeños arroyos de sangre.

Lo único que quería era apartar la mirada, pero no podía. Sentía cómo las imágenes iban haciéndose hueco en su mente y supo que las volvería a visualizar durante el resto de su vida. Pero, entonces, centró la mirada en la cabeza del cuerpo que yacía en el suelo y sintió como si la mente le hubiera asestado un golpe certero, incluso para desear su propia muerte.

«*NomiresnomiresporDiosbenditoBriannoMIRESa-la...*» cabeza, que había quedado completamente abierta por el impacto. Brian intentó contener el grito que se gestaba en su mente y dirigió la mirada a la masa de sangre oscura, casi negra, y a los sesos...

«Copos de avena con mermelada de grosella negra», pensó, y soltó una risa socarrona.

A la luz del sol, aquello resplandecía entre masas coaguladas de lo que parecía cabello rubio. Se pasó de nuevo las manos por la cara...

«*Sangreysesossangreysesossangreysesos*».

... sabiendo ya lo que iba a encontrar al limpiarse.

A lo lejos, sonó una sirena; Brian la distinguió con dificultad entre los gritos que rugían en sus oídos y empezó a limpiarse desesperadamente, intentando quitarse la sangre.

«... *y sesossangreySESOS*».

Le resbalaron lágrimas por las mejillas hasta que, finalmente, comenzó a gritar. Su propia sangre —que le manaba de las heridas de la cara y las manos— se mezclaba con la de quien fuera que hubiera salido despedido del monumento a Scott y caído a unos pocos centímetros de él.

D OUG MCGREGOR ESTABA ACOMODÁNDOSE PARA tomar su primera pinta cuando le sonó el teléfono móvil. Miró hacia la barra, desde donde el propietario del Halfway House, Mike Granger, le devolvió la mirada con cara de pocos amigos, de sobra como para volver a meter la cabeza en la pinta de Guinness. Como bien mostraban los asientos corridos de piel agrietada de color burdeos, el suelo cubierto de serrín y las imágenes en sepia que salpicaban las paredes del establecimiento, Mike era un tradicionalista puro que creía que todo lo posterior a los sesenta era o bien una pérdida de tiempo o bien una completa gilipollez. No resultaba difícil imaginar en qué categoría entraban los teléfonos móviles.

Doug se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa que esperaba que pareciera de disculpa, mientras sacaba el móvil del bolsillo y leía en la pantalla *WALTER – Oficina*. Titubeó con el dedo sobre el botón de respuesta mientras se le pasaba por la cabeza apagar aquel cacharro. Podría

justificarlo. Al fin y al cabo, estaba en la Conchinchina, a las afueras de Prestonview, al final de East Lothian, para ser exactos, y todos sabían que podía haber problemas de cobertura en aquella zona más apartada de la ciudad.

Suspirando, descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja.

—Walter, qué alegría saber de ti —dijo casi susurrando, dolorosamente consciente de que él, Mike y Denver, el chucho pulgoso, eran los únicos seres vivos en el punto de encuentro más popular de Prestonview en aquel momento—. ¿Cómo está mi redactor de noticias favorito?

—Mucho mejor ahora que oigo tu dulce voz —respondió la voz áspera y con acento de Glasgow—. ¿Dónde andas?

Doug miró a Mike, que hacía por parecer ocupado reponiendo botellas de zumo tras la barra y se afanaba en hacer como si no estuviera prestando atención a lo que Doug decía.

—Ya sabes, por donde siempre —respondió Doug—. Revisando algunas cosillas.

—Algunas cosillas que vienen en vaso de pinta, apuesto —gruñó Walter al otro lado de la línea—. ¿Estás haciendo algún avance? ¿Hay algo nuevo sobre McGinty?

—No —contestó Doug lentamente, bajando la voz y pegándose más el teléfono a la oreja—. Y, la verdad, no me coges en el mejor momento para hablarlo, Walter.

—Hum —respondió Walter—. ¿He llamado en mal momento?

—Hombre, pues...

—Mierda, Doug. Puedes camelarte al jefe diciéndole que sentarse en el *pub* es periodismo de investigación puntero, pero no a mí. Necesito que compruebes algo.

Doug suspiró y apartó la pinta; tampoco le apetecía mucho, era demasiado temprano. Pero, la verdad, sentarse en el *pub* de una ciudad pequeña, pedir un zumo de naranja y hacer preguntas delicadas implicaba, básicamente, buscarse problemas. Sabía que no había sido buena idea contestar al teléfono.

—¿De qué se trata?

—Hemos tenido un suicidio hace una hora y poco —explicó Walter, intentando sin éxito enmascarar su tono de satisfacción—. Alguien se ha tirado desde el monumento a Scott y la ha liado bien, pero bien liada.

Doug se irguió, repentinamente interesado en la historia. Miró el reloj: la una y media pasada del mediodía.

—Imagino que habrás podido sacar algo en la segunda edición —preguntó con recelo.

Lo último que quería oír ahora era a Walter diciéndole que tenía que escribir la historia para sacarla en la tercera edición. Si querían que estuviera en los quioscos a las cinco, tendría que entregarla a las dos y media para que pudieran imprimir las páginas nuevas. No es que tuviera mucho tiempo... Ah, la feliz vida del reportero de sucesos.

—Pues sí —gruñó Walter, obviamente descontento con lo que el periódico había conseguido sacar de la historia hasta el momento—. Pero no contaba mucho, la verdad. Víctima de suicidio sin identificar, los testigos afirman tal o cual, el cuerpo fue declarado sin vida en la escena... Lo típico y aburrido.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Detalles —contestó Walter con tono de «Tú sabes hacerlo mejor»—. La policía no está desvelando casi nada y he pensado que, con tus contactos, podrías acercarnos más a lo que ha pasado y quién era la víctima.

—Ah, venga ya, Walter —dijo Doug, volviendo a coger la pinta y levantándola un poco de la mesa ante la mirada de Mike—. Seguro que lo puede hacer otro. Ya sabes lo que tengo entre manos.

—¿Gandulear todo lo que puedas? —Hizo una pausa y su voz se volvió más suave y adoptó un tono más serio. Casi podía imaginárselo en la oficina del *Capital Tribune*, recostado en la silla con su zarpa carnosa sobre el auricular del teléfono y acercándose más a la boca de forma conspirativa—. Sí, Doug, ya lo sé. Y sé que encontrarás algo. Pero esto no va a durar mucho y es un noticia de primera hoy, así que todo lo demás ha pasado a un segundo plano. Ponte a ello, ¿sí?

—Hecho —concluyó Doug suspirando y mirando el reloj otra vez—. Iré a verte en cuanto pueda.

—Aquí te espero —respondió Walter, y colgó.

